

Miranda a tomar chicha; algunas veces lo mandaba a que le buscara un caballo alquilado para echarse su pasiadita; le decía que se montara en ancas, pero eso sí cuando ya habían salido a donde no había casas.

Además de los libros y de la brújula, se encuentran alzados en la alacena alta de la pared, la Guía del Artesano, libro de cartas manuscritas; los restos de un tomito de modelos de cartas de amor; una cubierta de cartón de un libro Mayor, un tintero con tinta de color corinto, fabricada por él mismo con el jugo maduro de jaboncillos, fruta muy del agrado de los jilgueros, y una pluma ordinaria amarrada con hebras de hilo a lo que en otro tiempo fue en la Alcaldía un verdadero y completo portaplumas. Rollitos de alambre y de cáñamo, recogidos de la calle, agujas y agujones de varios tamaños, y algunas hojas del Diccionario de la Real Academia Española, edición antiquísima, de uno que prestó largos años de servicio en la Alcaldía, ya para consultas, ya para dar mayor altura al asiento del Alcalde. El alambre y las agujas constituyen el material y los instrumentos de trabajo de que se sirve para remendar paraguas y sombrillas, trabajo no muy frecuente y poco remunerativo: todo lo quieren regalado, piensan que nada cuesta.

Dispone, además, de algunas otras habilidades que, aunque sin confesarlo, algunos de sus vecinos y conocidos le habrán envidiado más de una vez. Particularmente la habilidad caligráfica que, unida a una retórica especial de que es poseedor y a su natural romántico, le han creado cierta aureola entre algunas gentes de bien, al servicio de las cuales mantiene sin reservas dones tan preciados y tan oportunos en algunos casos.

De esta caligrafía sentimental se aprovechan en días domingos y de fiesta, los tocados de punta de amor, atraídos a casa de José María Mazorca, por un anhelo o necesidad suprema de expresar en un plieguito fino con adornos o ilustraciones en colores (dos corazones atados por medio de una guirnalda de flores, dos manos unidas en apretón estrecho, una paloma mensajera con una esquelita en el pico, o sencillamente un ramo de flores sin más añadidos), el sentimiento amoroso o los celos que, como muy bien lo tiene dicho el mismo José María, han venido a anidarse en el corazón, en donde ya no les caben.

Provisto de unos espejuelos remendados con amarras de hilo en la parte de los aros que cae encima de la nariz, y de los artículos de escritorio que guarda en la alacena: la tinta, la pluma, el cartapacio—la cubierta de cartón del libro Mayor—, el diestro escribiente acomete sin muchos preámbulos la tarea, tan grata para él, de redactar el mensaje apetecido; eso sí necesita saber primeramente la edad de la joven, algo del color de la cara, algún detalle importante con relación a los ojos, y si es crespita; pero principalmente los pormenores que se refieren a los ojos y al número de años; lo demás casi siempre lo adivina o lo pasa por alto. Escribe en el taller; un cajón grande le sirve de escritorio, otro más pequeño de asiento; los anteojos, casi sobre la punta de la nariz, de modo que le permitan levantar los ojos por encima de los vidrios y examinar sin mucho trabajo y de cuando en cuando la cara del enamorado que espera impaciente sentado en otro cajoncito; el pie izquierdo echado hacia atrás, posición que deja ver la piel sonrosada de la planta del pie, debido a que la suela del zapato se separa completamente hacia el tacón. Todo es cosa de unos veinte minutos, más o menos, al cabo de los cuales el escribiente se pone a leer en voz alta, dando a cada palabra la entonación correspondiente al sentimiento que representa. Una vez terminada la lectura,

estrecha con calor la mano del enamorado y le asegura que lo que es esa cartita dará efecto, de lo contrario se corta la mano. El enamorado no cabe de la satisfacción, lo invita a tomar algo y ambos salen muy amigos en dirección a la pulpería.

Algunas de esas cartas han pasado por mis manos: declaraciones amorosas, recriminaciones por causa de algún desvío, resoluciones de rompimientos definitivos, amargos reproches o quejas desesperantes por razones de indiferencia mal disimulada, ardientes estallidos de celos, dulces palabras de reconciliación. De tal manera el escribiente sabe aposeñarse del dolor o de la alegría que se agitan en el corazón de los amigos a los cuales sirve de confidente y de secretario, que el fenómeno sentimental que entonces se opera reviste todas las apariencias del fenómeno físico del sifón, en virtud del cual el contenido de un vaso va pasando a llenar otro igual, los dos a la misma altura, hasta quedar en ambos el líquido a un mismo nivel. A veces las palabras le salen de la pluma con dulzuras de panal, a veces la dicción corta trágica el espacio, como relámpago de tempestad, a veces es turbulenta y con dejos de ira, como torrente despeñado entre rocas; pero las

más de las veces son arrullos o balidos, o el discurrir alegre de un hilo de agua mansa y rumorosa en cuya linfa se va meciendo muellemente una flor. Recuerdo de una que terminaba así: "Mi ardiente deseo consiste en comunicarle que quisiera tener con usted una verdadera amistad y un precioso vínculo de ilusión, y viceversa. Así, nos iríamos conociendo por lo que pueda suceder. Esta declaración que le hago a solas temeroso de su enojo, me sale del fondo del corazón que es un nido de amor. La contestación si gusta, a casa de José María Cervantes, que es persona de confianza; aquí en la Villa."

En ocasiones el asunto resulta ser cosa más simple, alguna dedicatoria corriente, breve. Igualmente he tenido en mis manos una fotografía con una de esas dedicatorias; decía: "A la muy apreciable y elegante Librada Barona. Le dirige esta fotografía con un recuerdo... su perfecto amor. Juan A.—Villa de la Unión. C. Rica, día primero de Enero de 1891."

Los puntos suspensivos aparecen con frecuencia en estas cartas y en algunas de ellas con profusión, señal indicadora de que constituye un valioso recurso en manos del solícito confeccionar de misivas galantes, sentimentales y apasionadas.

Rubén Coto

San José, Costa Rica.

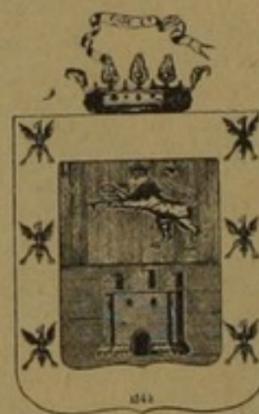
Ante el Escudo de Cartago:

Fide et Pace

(Para el libro de Jesús Mata Gamboa)

ENVUELTO por las águilas negras de los Habsburgos, destacadas sobre una banda de plata llevada al estandarte español en la alianza de Maximiliano; con el fiero león de Iberia elevado sobre un fondo de gules para evocar eternamente la fuerza indómita de la raza que antes avasallara con las galeras de sus navegantes, con la tizona de sus guerreros y con el espíritu de sus sabios todas las comarcas de la tierra; ostentando en campo de azur los enhiestos torreones seculares emblemáticos del heroísmo castellano, donde defenderse pudieron contra la cimitarra del conquistador: la religión, la libertad y cuantas glorias legara a su vasta descendencia la monarquía de Doña Isabel; coronado por el cetro real que ciñera el poderío más brillante que hayan visto nunca las edades, y con leyenda augusta que irisará sin eclipse el sentimiento noble y leal de los vástagos legítimos de quienes dignos fueran de la distinción y la honra, el 17 de agosto de 1565 salió del Escorial, enviado por el Segundo de los Felipes, el primero de los Escudos con que la justicia de la Madre privilegiara sobre todo Centro América al Cabildo de la Nueva Cartago por la gallardía, la adhesión y el talento de sus hijos «encomendamos al Alcalde Mayor Don Juan Vásquez de Coronado».

Cartago—entonces la Nueva, hoy la Vieja—fiel a sus tradiciones y a su sangre, tomó el escudo para escudarse de las asechanzas del bucanero que amenazaba por



Matina; del indio que se revelaba en Talamanca; del corsario que incendiaba Esparza; y, años más tarde, entre las dudas que impusieron la espada imperial de Agustín I en México y el Acta republicana de Barrundia en Guatemala, siempre discreta, ecuanime y serena, esperó a «que se despejasen los nublados del día» para poder saludar con pie firme la aurora de la independencia en 1821.

Bendecida por los prodigios de su Iglesia, donde una Virgen de Piedra hace milagros de carne y glorificada por aquel escudo que confiere pergamino no-

biliario a sus generaciones proceras,—fundidas siempre en un haz de concordia bajo los brazos tutelares de la Cruz de Caravaca que antaño se extendieran para borrar distinguos de casta y dar eterna luz a la fraternidad y al afecto,—hoy mira desde la cumbre hirviente de su Irazú... cómo en el regazo encantado de sus campos, por el tesón labrador, las lavas de un volcán se transforman en rica verdura; cómo por el esfuerzo titánico de sus hombres, del destartado escombros surge la ciudad jocunda y floreciente; cómo por la sabiduría de sus pensadores el vetusto monasterio cede ante el barreno de la idea moderna para que se asiente la escuela del porvenir; y cómo por la gracia adorable y virtud beatífica de sus mujeres, predilectas de Dios, ahí reclina su dulce nido de amor el verdadero hogar de la patria.

Salutación a Cartago!

J. Fernández Montúfar